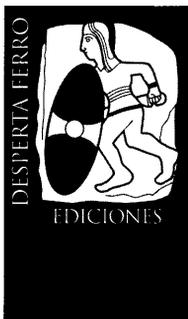


A CIEN AÑOS DE ANNUAL
LA GUERRA DE MARRUECOS

Daniel Macías Fernández (ed.)
Epílogo de Lorenzo Silva



ÍNDICE

	Introducción. <i>Sorbos de hiel: Annual y las campañas de Marruecos</i> Daniel Macías Fernández	IX
1	LA LLAMADA DEL IMPERIO: LA «CUESTIÓN MARROQUÍ» EN LA POLÍTICA EXTERIOR ESPAÑOLA (1859-1912) Juan Carlos Pereira Castañares y José Carlos Aránguez Aránguez	1
2	EL «PROTECTOR»: EL EJÉRCITO ESPAÑOL DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XX José Vicente Herrero Pérez y Fernando Puell de la Villa	29
3	«REBELDES», CONTRABANDISTAS Y AVENTUREROS: LAS HARCAS RIFEÑAS Y SUS ALIADOS María Rosa de Madariaga Álvarez-Prida	77
4	DOCE AÑOS DE SANGRE, DINERO Y NEGOCIACIONES (1909-1921) Francisco Escribano Bernal	119
5	UN PROTECTORADO A REGAÑADIENTES. 1921: EL DESASTRE DE ANNUAL Julio Albi de la Cuesta	163
6	EL IMPERIO ESPAÑOL CONTRAATAACA (1921-1925) Roberto Muñoz Bolaños	229

7	POR AIRE, POR MAR, POR TIERRA: DE ALHUCEMAS A LA VICTORIA	
	Ramón Díez Rioja	281
8	PIOJOS, RATAS Y MOSCAS: MARRUECOS Y EL SOLDADO ESPAÑOL	
	Daniel Macías Fernández	329
9	LA SOMBRA MARROQUÍ: CONSECUENCIAS POLÍTICAS DE LAS CAMPAÑAS NORTEAFRICANAS	
	Mercedes Cabrera Calvo-Sotelo	383
10	PERCEPCIONES, IMAGINARIOS Y MEMORIA DE LAS CAMPAÑAS DE MARRUECOS	
	Alfonso Iglesias Amorín	419
11	LA FOTOGRAFÍA: DE LA GUERRA DE ÁFRICA A LA GUERRA DEL RIF (1859-1927)	
	Juan Miguel Sánchez Vigil	457
	<i>Epílogo. Antes y después de Annual</i>	
	Lorenzo Silva	499
	Bibliografía	521
	Relación de autores	539
	Índice analítico	543

INTRODUCCIÓN

Sorbos de hiel: Annual y las campañas de Marruecos

Daniel Macías Fernández

Todo empezó con una derrota y el fin de un viejo imperio: 1898. En un periodo de soldadura entre siglos, una época de enormes cambios tecnológicos, sociales, culturales, económicos... En una etapa de la historia en la que las viejas potencias dejaban paso a nuevas naciones imperiales, España era derrotada por Estados Unidos. La primera se convertía en una nación moribunda a ojos del mundo –civilizado– y la segunda aceptaba la llamada del imperio: la diosa Fortuna era caprichosa, quien fuese potencia hegemónica se convertiría en un país encerrado en una Península y unas escasas islas adyacentes... Pero había algo más, las plazas de soberanía en el norte de África. No fueron pocos los que pensaron en la providencia: estaba ahí por algo ¿señalaban el camino? El condecorado –en la Guerra de Independencia de Cuba– capitán Antonio García Pérez escribió en 1908, antes del comienzo de las campañas de Marruecos, un texto que se adivina profético en algunas de sus sentencias:

La rota portentosa de 1898 redujo considerablemente los dominios de nuestra Patria; siglos enteros nos hicieron heroicos y desprendidos, hidalgos y despreocupados; fuimos el cetro de la civilización a Oceanía y América y regresamos con la aureola del valor esplendoroso; nos admiró el mundo entre nubes nacarinas, entre celajes sanguíneos, entre vítores y palmas.

Página anterior. Ilustración incluida en *Intervenciones militares de Yebala Central. Kabilas de Beni Hassan y Beni Lait*, 1932. Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España.

La Providencia nos empuja hoy hacia África, como ayer nos impulsara hacia selváticas e ignoradas tierras; nuestro destino, ¡triste es decirlo! Parece un remedo de las amarguras del mártir del Gólgota; redimimos a los pueblos y ellos más tarde nos crucifican.

¡Bendito sea, pues, ese secreto designio que nos toma por campeón y luego nos hace probar el cáliz de la amargura! Marruecos será nuestra ilusión y nuestra tumba; y felices los que hoy caminamos en brazos de esa esperanza conduciendo la enseña patria [...]²

Y la enseña patria se paseó por Marruecos, al menos por el minúsculo trozo de sultanato que le fue asignado al Gobierno de Madrid en los acuerdos internacionales. Aunque ese destino manifiesto que algunos creyeron ver en el Magreb eran más cantos de sirena, de esos que llevaban a los barcos al naufragio. Las mentes preclaras de Isabel la Católica, Carlos III, Floridablanca, O'Donnell, Cánovas del Castillo o Maura, aquellos que, de una u otra forma, señalaron, o actuaron, para situar la frontera de España en el Atlas o quién sabe si más allá *—plus ultra—* no adivinaron la cantidad de tragos que la patria iba a dar al «cáliz de la amargura».

Las ansias imperiales de finales del siglo XIX se explican por la propia visión del mundo que se tenía en ese momento. Appetitos que, por cierto, no incluían al común del pueblo español, cansado de guerras y derrotas. La creencia *científica* en la existencia de razas, cada cual dotada de ciertos atributos biológicos que la hacía superior o inferior. Lo dicho se mezclaba con ideas nacionalistas, muchas veces basadas en el odio al «otro» —francés, otomano, inglés, alemán, ruso...— o, cuando menos, en la desconfianza, habitualmente aderezada con algún toque de revancha por alguna afrenta histórica, ya fuera real o imaginada. Era un periodo de fuerte eurocentrismo, la *civilización* había de extenderse por el mundo de los *salvajes*. Esta era la «carga del hombre blanco», la cual consistía en enviar a los mejores de entre los europeos a colonizar pueblos primitivos, calificados como entes a medio camino entre niños y demonios.

Racismo, nacionalismo agresivo y superioridad moral eran los ingredientes principales del cóctel imperial. A través de ese prisma es cómo hay que entender las guerras coloniales. Las potencias en expansión y sus agentes colonizadores se mostraron incrédulos ante algunas resistencias indígenas; la pregunta que les debió de cruzar la

mente se parecería a: ¿cómo es posible que rechacen la civilización, la modernidad, el avance? Debió de ser algo similar a lo que hoy piensan algunos Gobiernos democráticos cuando tratan de llevar las bondades de tal régimen político a todos los rincones del mundo y son rechazados. ¿Cómo es posible? La respuesta es válida para ambos casos: resisten ante el invasor y rechazan las señas de identidad de este. Supongo que la célebre frase de la película *Gladiator* viene al caso; el protagonista –Máximo– contesta a la afirmación de su camarada de armas Quinto acerca de la resistencia de los germanos: «¡Hay que saber cuándo se es conquistado!» con un: «¿Tú lo sabrías? ¿Y yo?». Se suele decir que la historia la escriben los vencedores; lo cierto es que todo es cuestión de perspectiva. Napoleón Bonaparte, gran vencedor y derrotado –dos veces–, se acordaba de los españoles el día 6 de mayo de 1816. El exilio en la isla de Santa Elena hace recapacitar a cualquiera. La pregunta que brotaba de la mente del estratega corso era la siguiente: ¿por qué los españoles rechazaban la modernidad liberal que se les ofrecía –imponía, en realidad– y se aferraban al oscuro absolutismo y sus rémoras? Dejemos que el genio de la estrategia militar se explique:

Mis tropas iban a retirarse; me dije entonces, y me digo todavía, que brindé el mayor beneficio que jamás se ha ofrecido a pueblo alguno. [...] Yo esperaba sus bendiciones, pero resultó lo contrario: desdeñaron sus propios intereses para no ocuparse más que de la afrenta; se indignaron por la idea de la injuria, se rebelaron contra el uso de la fuerza y todos se alzaron en armas.³

Los españoles se opusieron a los franceses con ferocidad, aun cuando estos traían los dones del liberalismo y, en definitiva, de la modernidad. Casi cien años después, los resistentes indígenas a la causa española también se resistían a los presentes civilizatorios que las fuerzas europeas les llevaban y no fueron fácilmente sometidos. Las campañas de Marruecos duraron casi dos décadas (1909-1927) y los miles de hombres que hubieron de combatir en los campos de África, que murieron en tal escenario y que mataron en el mismo –a eso se va a la guerra–, se llevaron de ese continente recuerdos indelebles que los acompañaron el resto de su vida. Muchos también regresaron con secuelas físicas y psicológicas. En las campañas norteafricanas hubo héroes y villanos pero, sobre todo, hubo personas

empujadas por las circunstancias o el deber para dar lo mejor y lo peor de sí mismas.

En el centenario del Desastre de Annual, catalizador de heroicidades y felonías patrias, el libro que el lector tiene en sus manos explica, desde múltiples puntos de vista y diversos enfoques, un complejo, y todavía desconocido, acontecimiento histórico. Lo cierto es que el calado de aquella derrota militar, en la que no menos de 7000 soldados españoles perecieron y que algunos cifran en 14 000, fue más allá de lo estrictamente castrense. Hubo serias consecuencias políticas que enlazan con el golpe de Primo de Rivera e, incluso, con el golpe de Estado de 1936 y el estallido de la Guerra Civil. La figura del rey Alfonso XIII fue apuntada por algunos sectores críticos como último culpable de la debacle imperial. *Annual* impactó en la conciencia de los españoles y un habitualmente *pacífico* pueblo, en general contrario a la expansión imperial y a la guerra, clamó venganza. El año de 1921 tuvo una importancia manifiesta para la historia de España. En verdad, las propias campañas de Marruecos donde se inserta fueron acontecimientos claves y se anclaron en la memoria colectiva nacional. No existe una ciudad en nuestro país que no tenga una plaza, calle, barrio, monumento, monolito, placa o similar que aluda a las guerras norteafricanas: el cabo Noval, África, Tetuán, Alcántara, Gurugú... Incluso Francisco Franco –estatua de comandante del Tercio en Melilla hasta hace unos días–. A pesar de ello, muchos no recuerdan hoy las andanzas patrias en lo que fue el Protectorado. ¿Cómo es posible? Puede ser porque al pueblo español aún le quedaban por sorber los peores tragos de ese «cáliz amargo» del que hablaba el capitán García Pérez: la Guerra Civil española. Brutal conflicto bélico fratricida que, quizá, hizo relativizar las miserias, sufrimientos y muertes de Marruecos.

Daniel Macías Fernández,
Santander, 28 de febrero de 2021